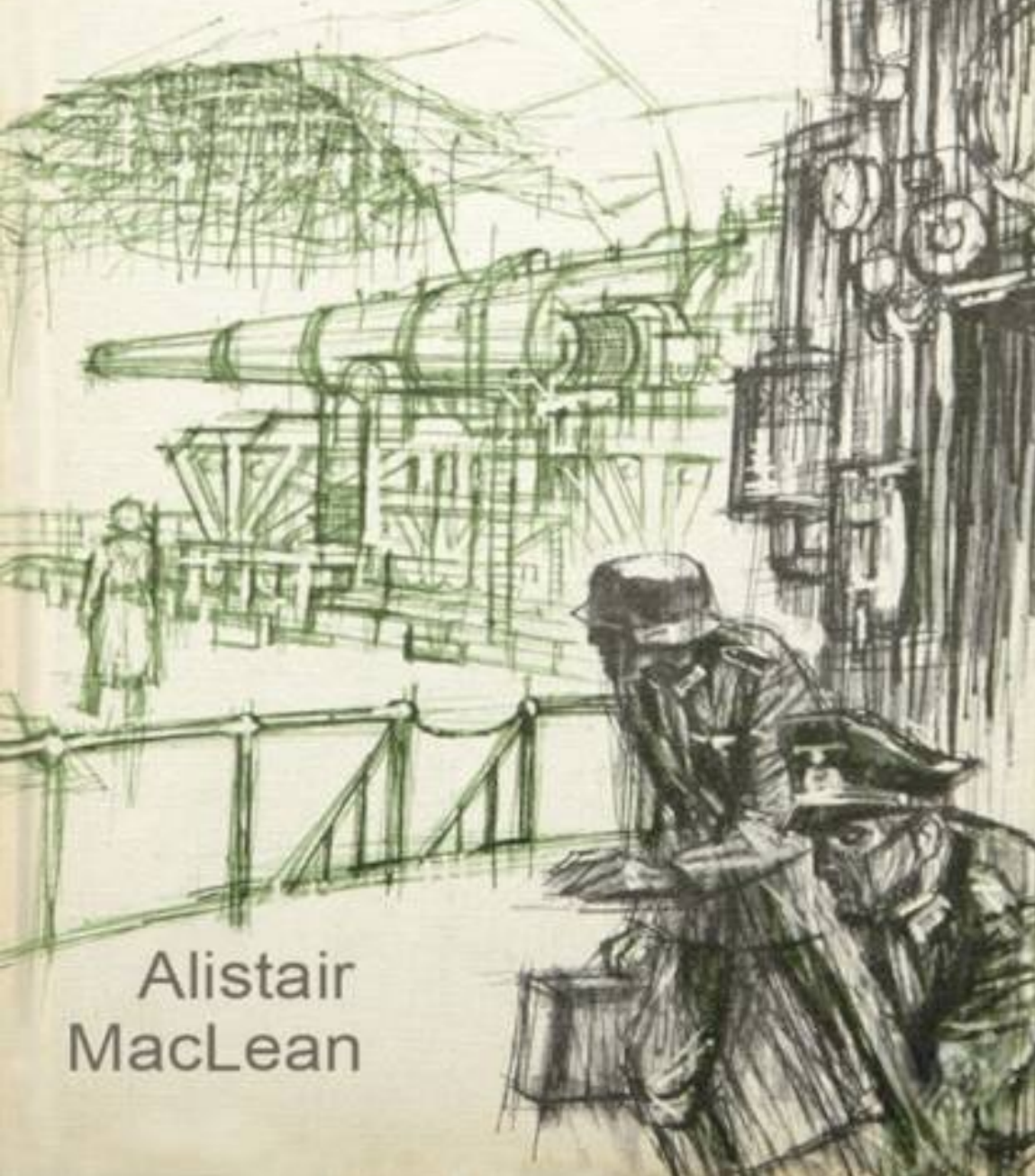


Los cañones de Navarone



Alistair
MacLean

Sobre la sólida roca de un acantilado de la isla de Navarone, en el mar Egeo, se alza la inexpugnable fortaleza del Ejército Nazi. Sus cañones, famosos por su mortal precisión, son lo único que impide el rescate de dos mil soldados británicos aislados en la pequeña isla de Kheros, cerca de la costa de Turquía. Sobre el capitán Keith Mallory, habilidoso saboteador y experimentado escalador, recae la misión de liderar a un pequeño grupo de hombres para escalar el peligroso precipicio de Navarone y silenciar de una vez por todas sus cañones.

A mi madre

CAPÍTULO I

PRELUDIO: DOMINGO

De la 1 a las 9 horas

La cerilla raspó ásperamente el metal oxidado del co-bertizo de hierro acanalado, prendió y estalló, chisporroteando, en una lagunilla de luz. Tanto su áspero roce como la repentina brillantez resultaron inauditamente extraños en la tremenda quietud de la noche del desierto. Los ojos de Mallory siguieron el rastro luminoso que, acompañado por la mano en pantalla, dejaba la cerilla encendida en su movimiento hacia el cigarrillo que sobresalía bajo el recortado bigote del capitán del grupo, vieron detenerse la luz a unas pulgadas de la cara, y contemplaron la repentina y expectante quietud del rostro, la desenfocada vacuidad de los ojos de un hombre que permanecía abstraído en la escucha. Luego, la cerilla desapareció, restregada por un pie contra la arena del perímetro del aeródromo.

—Los oigo —dijo el capitán de grupo en voz baja—. Los oigo venir. Cinco minutos nada más. Esta noche no hay viento. Aterrizarán en la pista número dos. Vamos, les espere-mos en el cuarto de interrogatorios. —Hizo una pausa, miró a Mallory con aire burlón y pareció sonreír. Sin embar-go, la oscuridad era engañosa. Su voz no traslucía la sonrisa—. Frene sus impacencias, joven. Sólo un ratito más. Esta noche las cosas no han ido excesivamente bien. Va a oír usted las respuestas, y me temo que demasiado pronto.

El capitán giró bruscamente sobre sus talones y se dirigió hacia los chatos edificios que apenas se recortaban contra la pálida oscuridad que daba cima al horizonte raso.

Mallory se encogió de hombros y le siguió más lentamente, poniéndose al paso con el tercer miembro del grupo, un tipo ancho y rechoncho que andaba con un balanceo lateral muy pronunciado. Mallory se preguntó con acritud cuánto tiempo de práctica habría necesitado Jensen para adquirir aquel efecto marinero. Treinta años de mar, sin duda —y Jensen los había hecho día por día— eran garantía suficiente para que un hombre anduviese con aquel balanceo; pero la cosa no era así.

Como brillante Jefe de Operaciones Subversivas en El Cairo, lo que llenaba la vida para el capitán James Jensen, D. S. O. y R. N., eran la intriga, la imitación y la simulación. Como estibador y agitador levantino, se había ganado el temeroso respeto de los obreros portuarios desde Alejandreta a Alejandría. Como camellero había dejado atrás a toda la competencia beduina, y jamás había exhibido más patético pordiosero tan auténticas llagas en los bazares y mercados de Oriente. Esta noche, sin embargo, representaba tan sólo a un franco y sencillo marinero. Iba vestido de blanco de pies a cabeza y la luz de las estrellas arrancaba suaves destellos de los dorados galones de las charreteras y de la visera.

Sus pasos crujían al unísono sobre la endurecida arena y sonaron con fuerza al pisar la pista de hormigón. La apresurada silueta del capitán del grupo ya casi se había esfumado. Mallory respiró profundamente, y se volvió hacia Jensen.

—Dígame, señor, ¿qué significa todo esto? ¿A qué viene tanto secreto? ¿Y por qué me meten a mí en el enredo? ¡Santo Dios, ayer mismo me sacaron de Creta, relevado con aviso de ocho horas! Me dijeron que tenía un mes de permiso, ¿y qué ocurrió?

—Bien —murmuró Jensen—, ¿qué ocurrió?

—Que no hay tal permiso —aclaró Mallory amargamente—. Ni siquiera una noche. Sólo horas enteras en el Cuartel General del S. O. E. contestando a una serie de preguntas idiotas sobre la escalada de los Alpes Meridionales. Luego me sacan de la cama a medianoche, me dicen que tengo que encontrarme con usted, y me hacen atravesar el maldito desierto durante horas y horas, llevado por un escocés loco que canta canciones de borracho y me hace otro montón de preguntas más idiotas aún.

—Uno de mis más eficaces disfraces, siempre lo he creído así —aclaró Jensen presuntuoso—. Yo encontré el viaje de lo más entretenido.

—Uno de sus... —Mallory se detuvo consternado por el recuerdo de lo que había dicho al viejo y patilludo capitán escocés que conducía el vehículo oficial—. Lo lamento de veras, señor. No me di cuenta de...

—¡Claro que no! —le interrumpió Jensen vivamente—. Era de esperar que no. Sólo pretendía asegurarme de si era usted la persona adecuada para la misión. Estoy seguro de que lo es. Lo estaba ya antes de sacarle de Creta. Pero lo que no entiendo es de dónde sacó la idea del permiso. La cordura del S. O. E. se ha puesto en tela de juicio con frecuencia, pero ni siquiera a nosotros se nos ocurre enviar un hidro para que un oficial pase un mes de diversión en los tugurios de El Cairo —terminó diciendo secamente.

—Aún no sé...

—Paciencia, amigo, paciencia... como acaba de aconsejar nuestro capitán de grupo. El tiempo es infinito. Esperar y seguir esperando... es el ser del Oriente.

—Pero un total de cuatro horas de descanso en tres días no lo es —protestó Mallory con calor—. Y es todo el descanso que he tenido... ¡Ahí llegan!

Obedeciendo al reflejo automático producido por el brutal resplandor de los focos de aterrizaje, ambos hombres levantaron la vista. El sendero de luz se perdía en flecha en la lejana oscuridad. En menos de un minuto el pri-

mer bombardero había aterrizado pesada y torpemente, y había rodado hasta detenerse junto a ellos. La pintura gris del fuselaje posterior y de las aletas aparecía acribillada por los balazos y la metralla; un alerón estaba hecho jirones y el motor exterior del lado de babor, averiado, embadurnado de aceite. El cristal de la cabina se veía astillado en una docena de sitios.

Durante largo tiempo, Jensen contempló los orificios y cicatrices del averiado avión. Luego movió la cabeza de un lado a otro repetidas veces, y apartó la vista.

—Cuatro horas de descanso, capitán Mallory —dijo Jensen con suavidad—. Cuatro horas. Empiezo a pensar que puede considerarse afortunado con haber descansado tanto.

El cuarto de interrogatorios, intensamente iluminado por dos potentes luces sin pantalla, era incómodo y carecía de ventilación. El mobiliario consistía en varios mapas y cartas geográficas muy deteriorados, unas veintitantas sillas muy usadas también y una mesa corriente sin barnizar. El capitán de grupo, flanqueado por Jensen y Mallory, se hallaba sentado ante ella cuando la puerta se abrió y entró la primera tripulación, pestañeando ante la inusitada potencia de la luz. Les conducía un piloto fuerte, de cabellos oscuros, con casco y traje de vuelo en la mano izquierda. Llevaba embutido en la nuca un gorro típico de los bosques antípodas, y la palabra «Australia» destacaba en esmalte blanco sobre las hombreras caqui. Con el ceño fruncido, sin pronunciar palabra ni pedir permiso alguno, se sentó ante ellos, sacó una cajetilla y rascó una cerilla en la superficie de la mesa. Mallory miró furtivamente al capitán de grupo. Éste pareció resignarse. Incluso *sonaba* a resignado.

—Señores, les presento al jefe de escuadrilla Torrance. —Y añadió sin que fuera necesario—: Es australiano.

Mallory tuvo la impresión de que el capitán de grupo casi esperaba que esto explicara ciertas cosas, incluso la presencia del jefe de escuadrilla Torrance.

—Ha dirigido el ataque de esta noche sobre Navarone. Bill, estos caballeros aquí presentes —el capitán Jensen, de la Real Armada, el capitán Mallory, del grupo de Largo Alcance del Desierto— tienen un interés especial en Navarone. ¿Cómo fueron las cosas esta noche?

¡Navarone! Y Mallory se explicó entonces por qué sé hablaba allí aquella noche. Navarone. Lo conocía ya, o, por decirlo mejor, lo conocía de oídas, lo mismo que todos los que habían servido en el Mediterráneo oriental; una inexpugnable fortaleza de hierro, frente a la costa turca, fuertemente defendida —según se creía— por una guarnición de alemanes e italianos; una de las pocas islas del Egeo en la que los aliados no habían podido establecer una misión, y menos aún volver a capturar, en el transcurso de la guerra...

—Sangrientas, señor —dijo Torrance. El acento aumentaba el acento australiano de su voz—. Un verdadero suicidio. —Bruscamente dejó de hablar, y permaneció contemplando el vacío, con los labios apretados, a través del humo de su cigarro—. Pero a los chicos y a mí nos gustaría volver allí otra vez —prosiguió—. Sólo una vez más. Estuvimos hablando de ello al regresar. —Mallory percibió un murmullo de voces en el fondo, una especie de gruñido de aprobación—. Nos gustaría llevar al tipo que ideó la cosa y echarlo por la borda a diez mil pies de altura, sobre Navarone, sin la ayuda de paracaídas.

—¿Tan mal fue la cosa, Bill?

—Tanto, señor. No teníamos nada a favor nuestro. En primer lugar tuvimos el tiempo en contra. Los tipos del servicio meteorológico estuvieron tan acertados como de costumbre.

—¿Os anunciaron buen tiempo?

—Sí. Buen tiempo. A diez décimas sobre el blanco —dijo Torrance amargamente—. Tuvimos que descender a mil quinientos pies. Pero eso carece de importancia. Hubiéramos tenido que bajar más aún, de todos modos, a unos

tres mil pies bajo el nivel del mar, y luego enfilar el cielo. Aquel acantilado oculta el blanco por completo. Igual hubiéramos podido tirar una lluvia de folletos pidiéndoles que clavasen sus malditos cañones... Además, tienen la mitad de los cañones antiaéreos del sur de Europa, concentrados en ese estrecho sector de 50 grados, el único por donde es posible acercarse al blanco. A Russ y Conroy les zumbaron de lo lindo al entrar. No pudieron llegar ni a la mitad del camino hacia los muelles... No tuvieron la menor posibilidad.

—Ya sé, ya sé. —El capitán de grupo asintió gravemente—. Ya hemos oído eso. La recepción de la radio era buena... ¿Y McIlveen? ¿Fue derribado al norte de Alejandría?

—Sí, pero no le pasará nada. El viejo cascarón estaba aún a flor de agua cuando pasamos por encima. La falúa estaba a flote, y el mar parecía una balsa. Saldrá bien de ésa —repitió Torrance.

El capitán de grupo asintió de nuevo, y Jensen le tiró de la manga.

—¿Puedo hacer unas preguntas al jefe de escuadrilla?

—Naturalmente, capitán. No necesita pedir permiso.

—Gracias.

Jensen miró al corpulento australiano, y esbozó una sonrisa.

—Sólo una preguntita. ¿No pensará usted en volver allí otra vez?

—¡Claro que no! —gruñó Torrance.

—¿Por...?

—Porque no creo en el suicidio. Porque me parece estúpido sacrificar inútilmente gente que vale. Porque yo no soy Dios y no puedo hacer lo imposible. —En la voz de Torrance había una rotunda negativa que convencía, que no toleraba argumentación alguna.

—¿Dice usted que es imposible? —insistió Jensen—. Esto es muy importante.

—Mi vida también lo es. Y las vidas de estos otros compañeros. —Torrance los señaló agitando el pulgar sobre el

hombro—. Es imposible, señor. Al menos, imposible para nosotros. —Se pasó una mano cansada por la cara—. Quizá pueda hacerlo un hidro *Dornier* con una de esas bombas deslizantes equipadas con radio-control. Lo ignoro. Pero sí sé que es imposible conseguirlo con el material de que disponemos nosotros. No —añadió con amargura—, a no ser que se pueda rellenar un *Mosquito* de T.N.T. y nos ordenen lanzarnos en picado a cuatrocientos pies de altura sobre la boca de la cueva donde están emplazados los cañones. Así siempre hay posibilidad de conseguirlo.

—Gracias, Torrance..., y a todos ustedes. —Jensen se puso de pie—. Sé que han hecho cuanto han podido, y que nadie podía haber hecho más. Y lo lamento... ¿Capitán de grupo?

—Soy con ustedes, señores. —Hizo seña al oficial de la Inteligencia que había estado sentado detrás de ellos de que ocupara su lugar y se dirigió por la puerta lateral hacia sus propias habitaciones.

—Bueno, ahí queda eso. —Rompió el lacre de una botella de *Talisker* y sacó unos vasos—. Tendrá que aceptarlo como final, Jensen. La escuadrilla de Bill Torrance es la más antigua, la de más experiencia que nos queda en África hoy día. Machacar el pozo de petróleo de Ploesti era para él la gran jugada. Si alguien podía haber llevado a cabo felizmente la misión de esta noche, era Bill Torrance, y si dice que es imposible, créame, capitán Jensen, no hay que darle vueltas al asunto.

—Sí —dijo Jensen mirando sombrío el líquido ambarino que contenía el vaso que sostenía en su mano—. Sí, ya lo sé. Casi lo sabía antes, pero no podía darme por vencido ni arriesgarme a un error... Es una lástima que haya costado la vida de una docena de hombres el demostrar que yo tenía razón... Ahora sólo nos queda ese medio.

—Sólo ése —repitió el capitán de grupo. Levantó el vaso y con un movimiento de cabeza agregó—: ¡Buena suerte a Kheros!

—¡Suerte a Kheros! —repitió a su vez Jensen, con rostro ceñudo.

—¡Oiga! —rogó Mallory—. Me encuentro completamente despistado. ¿Podría decirme alguien por favor...?

—Kheros —interrumpió Jensen—. Ése es el pie que se le dio, joven. El mundo es un escenario, hijo, y aquí es donde usted pisa el tablado de esa pequeña comedia. —La sonrisa de Jensen no era alegre—. Lamento que se haya perdido los dos primeros actos, pero no pierda el sueño por ello. No se trata de un mero partiquino. Será usted la estrella, le guste o no. Atienda: Kheros, acto tercero, escena primera. Entra el capitán Keith Mallory.

Ninguno de los dos había pronunciado palabra en los últimos diez minutos. Jensen llevaba el gran *Humber* oficial con la misma seguridad, la misma tranquila suficiencia que ponía un sello a todo cuanto hacía: Mallory se hallaba aún inclinado sobre el mapa que tenía en las rodillas, una carta del Almirantazgo a gran escala del Egeo Meridional, iluminado por una luz de guardafango con caperuza, estudiando el área de las Esporadas y Dodecaneso del Norte fuertemente encuadradas con lápiz rojo. Al fin, se incorporó y sintió un escalofrío. Incluso en Egipto las noches de noviembre podían ser demasiado frías para resultar confortables. Miró a Jensen.

—Creo que ya lo tengo, señor.

—¡Espléndido! —exclamó Jensen con los ojos fijos en la serpenteante cinta gris del polvoriento camino, a lo largo del blanco haz de los focos que perforaban la oscuridad del desierto. Los haces subían y bajaban constante, hipnóticamente, al compás de las ballestas, sobre el carcomido camino—. ¡Espléndido! —repitió—. Ahora vuelva a examinarlo e imagínese plantado en la población de Navarone; en aquella bahía casi circular al norte de la isla. Dígame, ¿qué vería usted desde allí?

Mallory sonrió.

—No tengo que volver a mirarlo, señor. A unas cuatro millas hacia el Este, vería la costa turca curvándose hacia el Norte y Oeste en un punto casi al norte de Navarone, un agudísimo promontorio, pues la costa superior se curva hacia el Este. Luego, a unas dieciséis millas de distancia, hacia el norte de ese promontorio, el cabo Demirci, ¿no?; y casi paralela a ella, vería la isla de Kheros. Finalmente, seis millas al Oeste, está la isla de Maidos, la primera del grupo de las Leradas, que se extienden unas cincuenta millas hacia el Noroeste.

—Sesenta —asintió Jensen—. Tiene usted vista, amigo. Y valor y experiencia. Una persona no sobrevive dieciocho meses en Creta sin ambas cosas. Y tiene un par de atributos más que mencionaré con el tiempo —hizo una breve pausa, y movió la cabeza lentamente—. Sólo confío en que le acompañe la suerte... toda la suerte. Sabe Dios que va a necesitarla.

Mallory esperó expectante, pero Jensen se había quedado ensimismado. Pasaron tres minutos, cinco quizás, y sólo se oía el crujir de las cubiertas, el apagado rumor del potente motor. De pronto Jensen se movió y empezó a hablar lentamente, aunque sin apartar la vista del camino.

—Hoy es sábado; es decir, el amanecer del domingo. Hay mil doscientos hombres en la isla de Kheros, mil doscientos soldados británicos que perecerán, serán heridos o hechos prisioneros para el sábado. La mayoría morirá, desde luego. —Por primera vez miró a Mallory y sonrió, con una sonrisa breve, una mueca más bien—. ¿Qué se experimenta cuando se tienen mil vidas en las manos de uno, capitán Mallory?

Durante unos segundos Mallory contempló el impassible rostro de Jensen. Después apartó la vista, y volvió a examinar la carta. Mil doscientos hombres en Kheros. Mil doscientos hombres que esperaban la muerte. Kheros y Navarone, Kheros y Navarone. ¿Cómo era aquel verso, aquella

aleluya pueril que había aprendido durante sus largos años de estancia en aquel villorrio de pastos de ovejas de Queenstown? Chimborazo, eso era. «Chimborazo y Coto-paxi, habéis robado mi corazón...». Kheros y Navarone tenían el mismo sonido, el mismo resplandor indefinible, el mismo hechizo novelesco que se apodera de un hombre y se incrusta en él. Kheros y... Furioso, movió nerviosamente la cabeza y trató de concentrarse. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, pero muy poco a poco.

Jensen rompió el silencio.

—Recordará usted que dieciocho meses después de la caída de Grecia, los alemanes se habían apoderado de casi todas las Esporadas: los italianos, claro está, tenían ya en su poder casi todo el Dodecaneso. Entonces, comenzamos a establecer gradualmente misiones en esas islas, por lo general con vuestra gente de avanzada, o sea el Grupo de Largo Alcance del Desierto, o el Servicio Marítimo Especial. En setiembre último, habíamos vuelto a conquistar casi todas las islas mayores, excepto Navarone. Era una posición demasiado difícil de tomar, y la pasamos de largo.

Y trajimos algunas guarniciones con fuerza de batallón y mayores aún. —Sonrió mirando a Mallory—. Estaba usted entonces en su cueva de las Montañas Blancas, pero recordará cómo reaccionaron los alemanes, ¿verdad?

—¿Violentamente?

Jensen asintió.

—Exacto. Muy violentamente, a decir verdad. Por mucho que se diga de la importancia política de Turquía en esta parte del mundo, nunca es bastante.

Y siempre ha sido un socio en potencia, ya del Eje, ya de los aliados. La mayoría de estas islas sólo está a unas millas de la costa turca. La cuestión de prestigio, de restaurar la confianza en Alemania, era imperativa y urgente.

—¿Y qué hicieron?

—Pusieron todo su peso en la balanza. Tropas paracaidistas, tropas transportadas por vía aérea, brigadas de

montaña escogidas, hordas de *Stukas*. Me han dicho que dejaron la costa italiana limpia de bombarderos en picado para dedicarlos a estas operaciones. Sea como sea, se lo jugaron todo. En pocas semanas habíamos perdido más de diez mil hombres y todas las islas reconquistadas excepto la de Kheros.

—¿Y ahora le llega el turno a Kheros?

—Sí. —Jensen sacó de su cajetilla un par de cigarrillos y permaneció silencioso hasta que Mallory los encendió y tiró el fósforo por la ventanilla hacia el pálido reflejo del Mediterráneo, al norte del camino costero—. Sí, la isla de Kheros será destruida. Nada de lo que hagamos puede salvarla. Los alemanes tienen superioridad absoluta en el Egeo.

—Pero..., pero ¿cómo sabe usted que será esta semana?

Jensen suspiró.

—Hijo mío, Grecia es un hervidero de agentes aliados. Sólo en el área de Atenas-Pireo tenemos más de doscientos, y...

—¡Doscientos! —interrumpió Mallory incrédulo—. ¿Ha dicho usted...?

—Lo dije —dijo Jensen sonriente—. Una mera bagatela, se lo aseguro, comparado con las vastas hordas de espías que circulan libremente entre nuestros nobles anfitriones en El Cairo y Alejandría. —Se quedó serio nuevamente—. De todos modos, nuestra información es exacta. Una armada de caiques zarpará del Pireo el jueves al amanecer e irá de isla en isla a través de las Cicladas, guareciéndose en las islas durante la noche. —Y agregó sonriendo—: Una situación intrigante, ¿no le parece? No nos atrevemos a movernos en el Egeo durante el día, porque pueden hacernos trizas los bombarderos. Los alemanes no se atreven a moverse de noche. Verdaderas manadas de destructores y cañoneros nuestros patrullan por el Egeo al oscurecer. Los destructores se retiran al Sur antes de amanecer, y los barcos pequeños suelen guarecerse en los ríos isleños. Pero no

podemos evitar que crucen. Allí estarán el sábado o el domingo, y sincronizarán su desembarco con las primeras tropas transportadas por vía aérea. Tienen montones de *Junkers 52* esperando en las afueras de Atenas. Kheros no durará ni dos días. —Nadie que hubiera escuchado la voz grave de Jensen, y su acento de absoluta sinceridad, hubiera podido dudar de sus palabras.

Y Mallory le creyó. Durante casi un minuto, mantuvo la vista fija en el reflejo del agua, en las plateadas huellas de las estrellas que temblaban en la oscura y tranquila superficie. De pronto se volvió hacia Jensen.

—Pero ¿y la Armada, señor? Que los rescate la Armada...

—La Armada —interrumpió gravemente— no está muy animada. Está ya harta del Mediterráneo oriental y del Egeo, y de meter el castigado cuello día tras día para que se lo corten... y todo para nada. Nos han destrozado dos acorazados, ocho cruceros —cuatro de ellos echados a pique— y nos han hundido más de una docena de destructores... Sin hablar del incalculable número de barcos menores que hemos perdido. ¿Y para qué? Ya se lo he dicho... ¡absolutamente para nada! Para que nuestro Alto Mando se divierta jugando al escondite entre las rocas con sus oponentes de Berlín. Una gran jugada para los interesados; excepto, claro está, para los miles de soldados y marinos que se han ahogado en el curso de ese juego, los diez mil o más soldados ingleses, australianos e hindúes que han sufrido y muerto en estas malditas islas... y que murieron sin saber por qué.

La presión que las manos de Jensen ejercían sobre el volante era tal que sus nudillos estaban pálidos. Tenía los labios apretados. Mallory quedó sorprendido, sobrecogido casi, ante la vehemencia, ante la profundidad del sentir de Jensen. Lo veía completamente fuera de carácter... O quizás estuviera en carácter. Quizá Jensen supiera aún muchísimo más sobre lo que estaba sucediendo...